

Républicain de l'Ouest 19370611
Titre de l'article de Gijon à Puycerda par Saint-Nazaire
Référence du journal (en français) : Républicain de l'Ouest du 6 novembre
1937

En la noche del viernes al sábado anterior, en medio de la furiosa tempestad, tres arrastreros españoles venían mojados y rezagados. Sabíamos que contenían milicianos a quienes la toma de Dijon, rodeada por mar y tierra, había obligado a huir apresuradamente.

La llamada estridente de las sirenas parecía mostrar la angustia de estos 500 hombres, a quienes, luego de una peligrosa travesía, Saint-Nazaire surgía allá, en la nebulosa claridad de sus luces, como la promesa de un lugar seguro.

Tirados por más de 48 horas en un mar en furia, imaginamos cuáles deseos y con qué febriles ahínco aspiraban a algo en el momento en que, después de tantas y tan trágicas peripecias, podían poner por fin un pie en lo que nuestros marineros llaman a veces “el suelo de las vacas” y lo que fue para ellos la tierra hospitalaria de Francia.

Eran las 7 de la mañana cuando los tres arrastreros atracaron en el muelle Péreize. Luego se realizaron los trámites de desarme y cacheo.

Ese fue el espectáculo de la derrota, y el más oscuro que uno pueda contemplar. Todas estas gentes andrajosas, con el rostro adelgazado y pálido, los ojos aún llenos del horror de las batallas, parecían despertar mal de la pesadilla que acababan de vivir.

Entre los jefes que han emprendido y gestionado la peligrosa excursión de fuga, algunos hablan correctamente el francés.

Es así que el teniente coronel Linarès, comandante del VII Cuerpo del Ejército Asturiano, el comisario general político del Ejército del Norte Larnaya y el teniente coronel Galán, pudieron hablar con las autoridades nazairenses.

Aprendimos de ellos que los fugitivos habían embarcado en Nursel, Avilés, Candace y en otros pequeños puertos de los alrededores de Gijón. Tuvieron que actuar con rapidez y audacia, porque cuatro navíos de guerra franquistas y cinco arrastreros armados navegaban en la zona.

Alrededor de diez mil hombres habrían huido de la misma manera, escurriéndose por la costa para evitar malos encuentros.

De hecho, desembarcos análogos a los que acabamos de presenciar tuvieron lugar la mañana pasada en otros muchos puertos franceses, específicamente en Rochefort y en Lorient.

La estancia de los milicianos asturianos en Saint-Nazaire fue de corta duración. Después de ser desarmados y registrados, después de recibir víveres – lo que realmente necesitaban – y después de finalmente disfrutar de un descanso nocturno muy necesario, embarcaron brigada por brigada en un tren preparado para ellos.

Mientras tanto, unos cuatro barcos españoles, entre ellos la draga "Sabugo", del puerto de Aviles, trajeron una nueva provisión de fugitivos: una centena de civiles, una treintena de mujeres y 67 milicianos armados, cuyo jefe de destacamento resulto ser el coronel Cristobal Errandonea, quien comandaba una división en el frente asturiano.

Un poco antes de las 13 horas, despacio, el largo convoy se puso en marcha, y esta partida tenía algo de fúnebre, como de derrota y como de muerte.

En las puertas, las cabezas se apresuraban, los brazos se agitaban en señal de despedida, en gestos de reconocimiento.

Para todos estos desafortunados, el destino era conocido, pero estaba lleno de trágica incertidumbre, porque la hospitalidad francesa, tan humana y entusiasta, pronto terminará. Terminará en la frontera catalana, en Puycerda.

Barcelona, capital de la Cataluña, parece ser, según el giro de los acontecimientos, el ultimo centro de resistencia gubernamental en España.

El general Franco, se dice, prometió perdón a todos aquellos que no tienen otro motivo de reproche que haber obedecido a los dirigentes.

Si los desgraciados que desembarcaron en Francia hubieran sabido esto y hubieran podido elegir entre la España nacional y la otra, donde tendrían que luchar y sufrir de nuevo, es posible que la mayoría no hubiera dudado.

Habrían preferido regresar a su tierra natal vía Irún, para encontrar allí orden y paz.

¿No se encontrarán mañana, por el contrario, en Cataluña con los mismos riesgos, las mismas ansiedades, la misma atmosfera de guerra que ayer?

Sin duda, los convenios de nuestro gobierno con los de Valencia y de Barcelona no le permiten ofrecer otra opción a los fugitivos que nos llegan desde España.

Es lamentable para ellos, que de esta manera habrían podido apreciar aún mejor nuestra hospitalidad.

Habría sido muy beneficioso para el prestigio francés.

Pero la diplomacia, lamentablemente, a veces, como la razón de Estado, tiene razones que la razón ignora.

EMILE.